

Blanca de Flavigny, sino con la enfermedad y la muerte que la pérdida de aquélla le causó. La joven autora de *Clara* prometió á Mauricio toda su estimación y amistad, pero á condición de no hablarle jamás de su amor.

XXII

La pasión correspondida y participada puede cansarse, y hasta es lo probable que así suceda; pero el amor desdeñado, que á la vez se embriaga diariamente con la vista del objeto querido, es irresistible é incurable.

Mme. Cottin pecaba á la vez de inhumanidad y de candidez con el Conde Denisart; al cerrarle la puerta de su corazón, debió cerrarle también la de su casa; pero no lo hizo así, y el resultado debía ser funesto.

El Conde ofreció la calma, la resignación, el silencio; quizá pensó en que podría hacerse superior á su pena, pues de lo contrario no lo hubiera prometido; pero la vista de Sofía, tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de gracia, encendía cada día más en su pecho el fuego de aquel amor fatal, que ninguna esperanza venía á calmar, y que se irritaba con el obstáculo.

De pie en un ángulo del salón, contemplaba con enajenamiento á aquella joven rubia y delicada como Eva, apacible y cándida como la Venus de Arlés, y más seductora por su aspecto dulce que por su misma belleza.

No es un exterior apasionado y atrevido lo que enciende y conserva las grandes pasiones de la vida; la avalancha no enamora lo que la calma de una bella tarde de primavera; nada hay más seductor en la mujer, que un aspecto decente, que un exterior dulce y tranquilo, que unas maneras benévolas y elegantes.

Sofía Cottin era una criatura peligrosa; sin saberlo ella misma, y aun sin quererlo, despertaba pasiones grandes y volcánicas. *Malvina* hizo su triunfante aparición, y siendo de un mérito infinitamente mayor que *Clara de Alba*, elevó su fama á una altura prodigiosa.

¡*Malvina*! ¿Quién no conoce y ama ese bello idilio del amor, ese himno santo al deber, esa epopeya del lazo conyugal? Desde que se columbra á *Malvina*, se la ve hermosa, pura, tierna, llena de abnegación; ni por un momento descende ese carácter admirable, ni por un instante se pone al nivel de las demás mujeres; y no obstante, ni sus alegrías ni sus penas salen del límite de las afeciones domésticas y del retiro del hogar.

Si *Clara de Alba* hizo célebre el nombre de Sofía Restaud de Cottin, *Malvina* le hizo ilustre; la obra fué aclamada, arrebatada de las manos del editor, y el primer año se hicieron de ella siete ediciones: Sofía cobró seis mil francos, y esta fué la base de su pequeña fortuna.

Otro adorador surgió de la corte de sus admiradores; era un hombre de mucho mérito y que

contaba ya cerca de sesenta años: con éste fué Sofía más explícita y más dura que con el Conde.

—Ya me habéis oído decir, respondió á su declaración, que no quiero ni pienso tener amores con nadie. Mi marido fué mi primero y será mi último amor.

—Abrigo esperanzas de que variaréis, señora, repuso Mr. de Menewille, que era el pretendiente, inclinándose profundamente para disimular su dolor.

—Desechadlas, pues, repuso Sofía, porque no variaré, os lo aseguro.

Y en efecto, no varió: aquella alma tan dulce y tan delicada para compadecer el infortunio, estaba completamente cerrada al amor.

Lo más extraño para Mme. Cottin fué la estrecha amistad que Mr. de Menewille contrajo con el Conde Mauricio Denisart: apenas se separaban, y se iban á dar juntos largos paseos solitarios: un mismo dolor unía, identificándolos, al anciano y al joven, á pesar de la diferencia de su edad y de sus gustos.

Sofía hubiera querido amar, y amando, su vida hubiera sido, si no más dichosa, á lo menos más animada y más llena de emociones; pero en vano lo intentó varias veces, y esta es una anomalía de la que ni aun sus más íntimas amigas podían darse cuenta.

El objeto de todas las novelas de Mme. Cottin es el amor: parecía haber agotado ya todo su ta-

lento al pintarle en *Clara de Alba* y en *Malvina*; sin embargo, dos años después publicó su tercer novela, titulada *Amelia de Mansfield*, y el amor fué también el asunto de esta obra, pintándole con nuevo y más bello colorido; en fin, al cabo de otros dos años de trabajo publicó su obra maestra, *Matilde, ó las Cruzadas*. Este cuadro tan fresco, tan original, tan enérgico y tan apasionado, probó—como dice Mr. de Monglave—hasta dónde es capaz de llegar el verdadero talento, ingenioso siempre para reproducirse.

A los que hayan leído *Matilde*, nada les decimos: á los que no la conozcan, les recomendamos su lectura, en la seguridad de que nada pueden hallar más delicioso.

Cuando la reputación de Sofía se elevaba al más alto grado; cuando llegaba al apogeo de su gloria, una espantosa catástrofe vino á desgarrar su corazón.

Los dos hombres que la amaban se suicidaron en el mismo día.

El Conde Mauricio Denisart se mató de un pistoletazo.

Mr. de Menewille tomó un veneno tan activo, que le quitó la vida en dos horas.

XXIII

La vida de Sofía Restaud de Cottin ofreció, desde que empezó á darse á conocer como escritora, muy pocas peripecias. Aquella existencia tranquila se asemejaba al arroyuelo trasparente que corre silencioso retratando en su fondo el azul del cielo y se va á perder con blando murmullo en la espesura de la fresca arboleda.

Las pérdidas sucesivas de su aya, la buena y anciana inglesa que había sido la amiga de toda su vida, y de Mariana, fueron los dos más grandes dolores que Sofía tuvo que lamentar; amaba á Misstris Rawlings casi tanto como había amado á su madre, y su pérdida la dejó inconsolable durante largo tiempo.

A pesar de no haber querido nunca dar oídos á declaraciones amorosas, Sofía sintió también amargamente la muerte del Conde Denisart y de Mr. de Menewille. Hubiera deseado mejor mil veces no ser amada de nadie, que serlo hasta tan deplorable extremo, y tanto más, cuanto que ella no podía pagar el amor exclusivo que inspiraba.

Un año después de *Matilde, ó las Cruzadas*, se dió al público la preciosa novela de Mme. Cottin,

que lleva por título *Isabel, ó los desterrados á la Siberia*, en la que el amor filial está pintado con el más vivo y tierno colorido; y casi seguidamente dió á la prensa *La toma de Jericó*, que vió la luz en la *Miscelánea de literatura* de Mr. Suard.

De las seis únicas novelas de Mme. Cottin, las cinco tienen por título un nombre de mujer, particularidad que es digna de notarse. Estos cinco nombres *Clara, Malvina, Amelia, Matilde é Isabel*, se pusieron muy de moda en la sociedad francesa, y aun hoy disfrutan de gran favor.

Los más ilustres literatos de la época elogiaron á porfía las obras de Mme. Cottin; hubo también quien se tomó el trabajo de criticarlas; pero por mucha que sea la dureza de la emulación, era imposible emplearla en aquellas páginas llenas de dulzura, de gracia, de verdad y de sentimiento; la autora, por su parte, se aprovechaba de las censuras, sin que jamás se incomodase por ellas, sin alcanzar los elogios á envanecerla ni á alterar la celestial tranquilidad de su modestia.

Cuando quedó sola en el mundo, cuando sus dos ancianas compañeras pasaron á una vida mejor, un criado de edad madura, una camarera y otra criada componían su servidumbre, continuando ella en la apacible vida que se había trazado, y que no quería abandonar por las agitaciones del amor.

¿Sería que no hallaba en la tierra quien llenase las aspiraciones de su corazón? ¿Sería que su

corazón quedase profundamente herido con los sufrimientos que tuvo que soportar en su matrimonio?

No es imposible que esto último fuese la causa que impidiese á la célebre autora de *Malvina* y de *Matilde* el amar de nuevo.

Fué al altar con todas las ilusiones de su alma, y sin embargo, su marido dejó de amarla sin motivo alguno, y cuando ella sólo vivía por aquel amor. La caridad, empero, llenó su noble corazón; la caridad, fuego sagrado que anima á las naturalezas amantes y generosas.

El producto de *Matilde* lo dedicó á aliviar la suerte de una desgraciada viuda, madre de tres hijos, de los cuales costó la educación.

La amistad tuvo también un gran lugar en aquella existencia pacífica y dichosa. Lady Morgan y sus hijos la profesaron siempre el más tierno afecto; poco exigente en cuanto al talento, Sofia trataba á varias personas que lo tenían menos que mediano, y parecía ignorar por completo su gran superioridad; si la hubiera conocido, acaso le hubiera causado gran embarazo y confusión.

Los extranjeros, intimidados por su glorioso nombre literario, temían hallarla altiva cuando le eran presentados; pero muy pronto cobraban ánimo al ver su dulzura angelical, la suavidad de sus maneras y la gran benevolencia de su lenguaje, admirando que tan encantadora sencillez pudiera aliarse á tan grande talento.

Sofia había empezado á escribir dos obras importantes, á su juicio, y de las cuales—según decía—esperaba la única gloria á la que debe aspirar la mujer; eran un libro sobre la religión cristiana, y una novela acerca de la educación de la mujer.

Tenía entonces treinta y un años, y empezaba á sentir los primeros síntomas del mal que debía conducirla al sepulcro.

Violentos dolores de estómago, digestiones penosas y absoluta inapetencia fueron la señal de los primeros ataques: llegó en seguida el insomnio, y los médicos consultados declararon al cabo de un año que tenía un cáncer en el estómago.

Durante este largo período, Sofia se hallaba más debilitada con los remedios que le daban que con los dolores de su enfermedad: se la trató desde el primer día con todo el rigor que la ciencia aconsejaba entonces en los casos extremos; y exacerbado el mal hasta el punto de hacerle sufrir dolores horribles, la aconsejaron que fuese á tomar las aguas de Spá.

La llegada de aquella joven pálida y doliente, tan elegante, tan graciosa á pesar de su enfermedad, tan encantadora, hizo gran sensación en Spá, y bien pronto la ilustre escritora tuvo en derredor suyo á las damas más elegantes y á los hombres más á la moda.

Ella hablaba y sonreía los ratos en que su mal le dejaba alguna libertad de espíritu; pero á veces

pedía con insistencia el silencio y el reposo, y oraba fervorosamente, pidiendo á Dios valor para soportar los agudos sufrimientos que la devoraban.

Terminada la estación de las aguas, Sofia Cottin volvió á París, acompañada de gran número de sus amigos; pero ya no era más que su sombra: al verla, Lady Morgan dejó escapar un grito de terror. Miss Morgan se arrojó á su cuello y exclamó llorosa:

—¡Oh, mi querida Sofia! ¿Por qué os habéis alejado de nosotras? ¡Cómo venís! ¿Por qué hemos permitido que os alejáseis de nuestro lado?

—La muerte, querida mía, respondió Mme. Cottin, me hubiera alcanzado lo mismo aquí que allí: ¡ya siento su dedo helado apoyarse sobre mi corazón!

.....
.....
Sofia se dedicó por completo, en los últimos meses de su vida, á implorar la clemencia del cielo: cuando sus crueles sufrimientos se lo permitían, leía ó escribía algún rato; apenas la veía nadie, y sólo alguna de sus más íntimas amigas tenía entrada en su cuarto.

Julieta La Roquette, la hija de su antigua portera Mme. Anastasia, le pagó en cuidados filiales y llenos de ternura cuanto le debía de lecciones y cariñosa instrucción: todos los ratos que tenía libres, corría al lado de Sofia, y pasaba el tiempo leyéndole sus libros preferidos y rezando con ella.

Cuando preguntaban á la ilustre enferma por qué oraba tanto, siendo su vida tan ejemplar y tan pura, contestaba sencillamente:

—A la verdad, no creo que tengo ni muchos ni graves pecados que hacerme perdonar; pero hallo un placer indecible en conversar con Dios por medio de la oración: yo que tan poco he amado en este mundo, adoro al divino Jesús, y con él hablo, y á él le pido que me lleve á su lado cuando se apague el soplo de vida que me resta. Él desceñirá de mi frente los velos de la viudez, que ningún mortal ha sabido quitarme, y me pondrá en las sienes la corona de mi eterna unión con Él.

Sofía había hecho colocar enfrente de su lecho un magnífico cuadro, obra de un gran pintor: representaba *La oración del huerto*; cuando se quedaba sola, fijaba los ojos en aquella dulce imagen del sufrimiento y del amor mártir, y decía con Jesús:

—¡Padre mío! ¡si es posible, pase de mí este cáliz de dolor!

Jesús llegó á ser su verdadero, su único amor; y cuando ya la enfermedad hubo agotado por completo sus fuerzas, cuando ya estaba pálida y transparente como una sombra, toda la vida se hallaba refugiada en sus ojos, que se fijaban con inefable delicia en la adorable cabeza del Salvador.

Apagóse, por fin, aquella luz radiosa que había iluminado la Francia con tan dulces y bellos resplandores; al cabo de tres años de padecimien-

tos heroicamente soportados, Sofía Cottin se durmió apaciblemente en el seno del Señor.

Nada quedaba ya en ella de material y de terrestre, y más que muerte, su salida de este mundo fué un tránsito dichoso.

Dejó tras sí ese rastro dulce que dejan las naturalezas buenas y amorosas; fué mucho y muy largo tiempo llorada, porque jamás tuvo hostilidad para nadie, y la misma envidia se hallaba desarmada en su presencia.

Lo más notable del carácter de aquella amable criatura fué una completa abnegación de sí misma; cuidaba constantemente de los demás, y nunca de ella; su desinterés no conocía límites; su dulzura era inalterable; daba mucho, y nada exigía en cambio; y siendo muy indulgente con los defectos ajenos, evitaba cuidadosamente cuanto podía desagradar á sus amigos.

Los que la observaban, veían que en las concurrencias numerosas, no sólo hablaba poco, sino que atendía rara vez á la conversación de los demás; Sofía estaba siempre distraída, preocupada, sola, por decirlo así, en medio de los salones más concurridos. Pero cuando se hallaba en el reducido círculo de sus amigos, sus ojos se animaban, sus razonamientos eran enérgicos, y brotaba de su palabra aquella elocuencia del corazón, aquella profunda sensibilidad que tanto resaltan en sus obras y que las harán inmortales.

Sofía Cottin amó una sola vez, y ésta fué á su

marido; es de creer que desde la infidelidad de éste cuando volvió á amar á Blanca de Flavigny, tan desgraciadamente muerta en el cadalso, es de creer que desde entonces Sofía llevó siempre en su alma un dolor mortal. Así lo hace suponer la admirable manera con que pintó el dolor de los celos en *Malvina*; celos que ocasionaron la muerte de la desdichada, que los sentía después de haber alterado su razón.

Según el pobre parecer de la que esto escribe, debe haber tal analogía entre el carácter de *Malvina* y el de su autora, que basta con leer aquélla para conocer á ésta perfectamente. Sofía Cottin ha debido retratarse al natural en esta obra; y si es verdad que todas las escritoras dejamos en nuestras obras una parte de nosotras mismas, es indudable que la autora ha dejado en *Malvina* su alma entera, pura, radiosa, inmortal.

Yo he visitado en París, y en el magnífico cementerio del Padre Lachaise, la bella y sencilla tumba elevada á la memoria de Sofía Cottin; en ella he cogido algunas flores, que conservo.

Lady Morgan hizo rodear el sepulcro de su dulce amiga de árboles y de rosales; y los guardianes de sus cenizas en el palacio de la muerte han conservado cuidadosamente esta pompa sencilla, á la que ayuda sonriendo la naturaleza misma.

Los admiradores de sus obras ponen constantemente sobre su sepulcro coronas de siemprevi-

vas y de laurel, y Julieta La Roquette, casada con un rico comerciante, va todavía, acompañada de sus hijos y nietos, á poner un ramillete todos los domingos, dedicado á la memoria de la ilustre escritora Sofía Restaud de Cottin.

FIN

Esta novela es un arreglo del francés, y refiriéndose en parte á hechos históricos, la autora le ha conservado el tratamiento de Vos, propio del idioma de que ha tomado los apuntes necesarios.

